



La Guadalupe, última esperanza

CRUZANDO LINDES



GABRIEL MORENO GONZÁLEZ

Viernes, 21 enero 2022, 09:09



La del XXI es una sociedad cada vez más amorfa y carente de armonía, compuesta mayoritariamente por individuos que solo buscan su interés particular en los estrechos márgenes de los grupúsculos en los que habitan. La vieja comunidad de relaciones

sociales solidarias, del pueblo y de lo rural en el que todo el mundo se conocía y se saludaba por la calle, o la de aquellas pequeñas y medianas ciudades de paseo dominical y vecindarios integrados, da paso inexorablemente a un conglomerado de bloques de pisos que, como colmenas, se reparten entre carreteras, circunvalaciones, polígonos y centros comerciales. Las ciudades se amplían hasta límites antes insospechados, las urbanizaciones se extienden como manchas de aceite y el coche, o el anodino y gregario transporte colectivo, se convierten en medios imprescindibles para la existencia del día a día. La gran transformación de las revoluciones industriales se está completando con la que ahora produce la instantaneidad e hiperconectividad de las tecnologías y de esta «sociedad del cansancio» permanentemente conectada. El desarraigo, la falta de reposo y de permanencia, el olvido de la costumbre y de la conversación son notas dominantes en la mayor parte de nuestros países occidentales. Sumidos en el anonimato y en la paradójica soledad de las grandes urbes («marga urbs, magna solitudo», decía Bacon), no se hace extraño que los problemas de salud mental sean hoy una verdadera epidemia de

impredicibles, aún, consecuencias. Y es que nos hemos olvidado, simplemente, de lo que constituyó la base de nuestra convivencia durante siglos, durante milenios: las pequeñas comunidades, la fraternidad natural y la solidaridad social de las gentes que se conocen y reconocen entre sí.



WiZink

Nuevo
**Préstamo
WZ Eco**


Tus proyectos
verdes


100%
Online


Rápido, fácil
y flexible


Sin
comisiones*

**Construye tu
futuro mejor**

¡LO QUIERO!



Sustituyendo la tienda de la esquina por la gran superficie comercial hemos cambiado la amabilidad y la cercanía por la distancia y la frialdad del self-service para todo (ahora ya, ¡te cobras hasta a ti mismo!). Por eso, que en ciudades como Cáceres se mantengan comercios como el de la Guadalupe, en el arrabal y plaza de Santiago, es de los pocos signos que nos quedan de aquel mundo que está camino ya del olvido y la perdición. Entrar en su tienda de apenas unos metros cuadrados, pero en los que no falta de nada, y que te salude con palabras cariñosas y te llame por tu nombre, es un lujo hoy que no puede ser cuantificado. Me precio de vivir en ese barrio, en el que aún las personas mayores se saludan por la calle, se preguntan cómo están y se dan el «si Dios quiere», tan expresivo de la frágil condición humana que ahora nos ha recordado el maldito virus. Un barrio cuya vida es guiada por el repicar de las campanas, que nos marcan las horas y nos recuerdan el paso del tiempo; un barrio y una tienda que parecen ser de los pocos y últimos baluartes frente al delirio de este capitalismo urbanícola y onanista que nos van a terminar enloqueciendo a todos sin remedio.

